



La “Antropología” de “Deus Caritas Est”

Luis Santiago Lario Herrero y **Santiago Lario Ladrón**

La primera parte de la encíclica “Deus caritas est” supone una aclaración, y una puesta al día, de la postura de la iglesia sobre un tema tan conflictivo y complejo como el del amor. Empieza retomando la clásica definición del eros:

“Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano.”

A continuación reconoce el abandono de ese término en el Antiguo Testamento (en el que sólo sale a relucir un par de veces) y de forma aún más acusada en el Nuevo (en el que no se emplea ni una sola vez, y pasa a ser sustituido por el de agapé), lo que habría dado pie a ser interpretado por algunos como un rechazo hacia el eros. Pero, ¿es realmente así?:

“Los griegos- sin duda análogamente a otras culturas- consideraban el eros ante todo como un arrebató, una “locura divina” que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: “Omnia vincit amor”, dice Virgilio en las Bucólicas – el amor todo lo vence-, y añade: “et nos cedamus amori”, rindámonos también nosotros al amor. En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución “sagrada” que se daba en muchos templos. El eros se celebraba, pues, como una fuerza divina, como comunión con la divinidad. A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante en modo alguno rechazó con ello el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora.

Como vemos, Benedicto XVI no rechaza el concepto de eros explícito en esas definiciones (ahí está esa expresión de “eros como tal” que el pontífice utiliza), sino sólo esa deriva posterior durante la cual esa visión del eros llegó a degenerar hasta convertirse en una especie de “prostitución sagrada”, lo cual suponía una clara adulteración del primitivo concepto. Y es a esa tergiversación a la que se habría opuesto tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. El Papa, como aconsejaba Virgilio, también parece rendirse ante la presencia de ese impulso amoroso un tanto autónomo frente a nuestras facultades superiores, pero no con una rendición sin condiciones, sino intentando integrarlo y guiarlo con ellas para obtener lo que estima mejor para el hombre:

“el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, éxtasis hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle degustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser [...] entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo se constata que el camino para lograr esa meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto (el Papa no le hace

ascos a reconocer ese carácter en el eros). *Hace falta una purificación y maduración, que incluye también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza”.*

Estos párrafos dejan claro que cuando el pontífice habla de eros no se está refiriendo a la sensualidad o al simple y genérico deseo sexual, sino a ese arrebatado amoroso exclusivo e individualizado “que no nace del pensamiento o la voluntad”, “que se impone al ser humano” y que “prevalece sobre la razón”, es decir a esa atracción que hoy en día llamamos enamoramiento; y admite que ese impulso no proviene del espíritu, ni siquiera de las facultades superiores y más nobles- el pensamiento y la voluntad- sino del *cuerpo* y de la *carne* (próximo por tanto a ese mundo enigmático de los instintos y la biología), las dos palabras que Benedicto XVI utiliza de forma explícita:

“Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza.”

Pero pese a eso no lo condena al ostracismo ni lo rechaza, sino que nos recomienda aprovechar su vigor, su encanto y su exclusividad para reforzar los lazos de pareja y, mediante su integración y fusión con ese otro amor espiritual –el agapé- que la iglesia siempre ha defendido (ese amor generoso que se olvida de sí mismo para buscar el bien y la felicidad del otro), mejorar lo que tiene de más precario -su duración- para intentar hacer de él un vínculo eterno que mantenga a la pareja unida para toda la vida:

“El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad – sólo esta persona-, y en el sentido del “para siempre”.

Por si quedase alguna duda de lo que nos está diciendo, al comentar la radical oposición que muchos autores han querido ver entre esas dos clases de amor –eros y agapé- el Papa la niega taxativamente para afirmar que la verdadera plenitud del Amor sólo se consigue si alcanzamos una total síntesis de ambos:

“Si se llevara al extremo ese antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad eros y agapé- amor ascendente y amor descendente- nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente –fascinación por la gran promesa de felicidad-, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará “ser para” el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza”.

Y deja aún más clara su postura al añadir que ninguno de esos amores por sí solos bastan para colmar nuestro infinito anhelo de Amor:

"el "amor" es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada de amor".

Sinceramente creo que el mensaje del Papa no ha sido bien comprendido, y no lo ha sido porque su contenido es tan revolucionario que la mayoría de comentaristas no acaban de asumirlo. Para empezar hagamos un esfuerzo por trasladar sus palabras al léxico de hoy en día. ¿De qué nos está hablando el pontífice cuando se refiere a ese eros, ese amor entre hombre y mujer, ese arrebató, esa locura divina que no sólo nace del pensamiento o la voluntad, sino que emana del cuerpo e incluso prevalece sobre la razón, nos colma de felicidad y provoca tal convulsión interior que relega todo lo demás como asuntos secundarios? Hasta ahora los únicos impulsos reconocidos como biológicos (es decir que procedían del cuerpo o de la carne), y que tenían algo que ver con el "amor", iban unidos a la sensualidad, al deseo sexual o al erotismo, de ahí que las palabras del Papa hayan sido malinterpretadas. Porque esas frases ditirámicas y hasta encomiásticas, sobre ese eros, ese amor que de alguna forma proviene del cuerpo, no se refieren en absoluto al deseo sexual como tal, sino a ese estado tan especial por el que la mayoría de nosotros ha pasado alguna vez y que llamamos enamoramiento. El Papa rompe con lo que hasta el día de hoy ha sido una postura mayoritaria (por no decir casi unánime) de los pensadores y acepta que el enamoramiento, esa violenta, turbadora y arrolladora emoción amorosa que de repente brota hacia una determinada persona, no nace en el ser humano por razones vagas y misteriosas, sino porque de alguna manera ya está anticipada en su "cuerpo" y en su "carne", los términos que utiliza la encíclica, es decir porque es un impulso que está impreso en nosotros de forma innata (connatural y nacido con el mismo sujeto).

Claro que en nosotros la biología no lo es todo; estamos formados por una simbiosis de apetitos y mente, corazón y cerebro, cuerpo y alma y nuestras decisiones vienen avaladas por la participación, en proporción variable, de esos protagonistas. Lo que va a conducir a una serie de relaciones y "amores" muy dispares: desde aquellos más rabiosamente biológicos (ese amor pasión ebrio e indisciplinado que el Papa moteja de degradante), pasando por esos otros más equilibradas (aquí podríamos incluir ese "Amor total" del que habla el Papa, o los amores compañeros, amistosos, verdaderos o inteligentes de otros autores), hasta llegar a los puramente cerebrales (amores por interés) o espirituales (aquí podríamos incluir el agapé cuando esté exento de la más mínima presencia de ese eros). Bien entendido que hasta las relaciones más aparentemente cerebrales o espirituales conviven con ese impulso a vivir en pareja grabado en lo más íntimo y profundo de nuestra biología. Algo que recoge el Papa cuando define el amor como una única realidad, conformada por la fusión de dos dimensiones distintas: la corporal y la espiritual. Según los casos podrá destacar una u otra, pero si ambas se separan por completo se produce esa forma mermada de amor que el Santo Padre llega a comparar con una caricatura.

Vaya por delante que la decidida irrupción de Benedicto XVI en este campo ha sido para nosotros una agradable sorpresa. Es verdad que no se mete en disquisiciones biológicas, pero lo que acabamos de comentar es suficiente para que cualquier lector atento extraiga sus propias conclusiones. Hace años que mantenemos –"El gen del amor", "Condenados a amar"- en exigua minoría (que sepamos sólo Helen Fisher sostiene algo parecido), que en lo profundo de nuestras emociones amorosas subyace un trasfondo biológico (el lector que esté interesado en el tema

puede ojear el artículo- “Homo sapiens: ¿Una especie monógama?”¹), aunque por supuesto, dada nuestra formación preferentemente biológica, hemos intentado podar esa afirmación de cualquier intención moralizante. Que el enamoramiento esté respaldado por un impulso biológico no lo hace mejor o peor; y como ejemplo ahí tenemos el caso de los celos, en los que también puede palpitar otro de esos impulsos biológicos sin que por eso nadie esté dispuesto a defenderlos.

Pero, en cambio, teniendo en cuenta la postura que sobre estos temas imparte y defiende la iglesia, creo que la decisión papal ha sido un tremendo acierto. En efecto, la institución del matrimonio, queda a los ojos de todos, y en especial de la juventud, muy reforzada si aceptamos que coincide con los impulsos más profundos de nuestra biología: *amamos porque estamos programados para amar y porque la semilla de ese amor ya está anticipada de forma innata en lo más profundo de nuestro cuerpo, nuestra carne, nuestra biología y nuestra naturaleza*. Aunque el Santo Padre se apresure a añadir que, para lograr la plenitud del Amor, ese amor especial que por su excelencia merecería ser escrito con mayúsculas, no basta con dejarnos llevar por el “instinto”, sino que hay que fundirlo y amalgamarlo con el ágape cristiano. Sólo así conseguiremos que surja ese Amor total capaz de alegrar con sus efluvios y su encanto todos los rincones del cuerpo y del alma, en definitiva de todo nuestro ser. Incluso esa postura de castidad prematrimonial que la iglesia siempre ha defendido puede encontrar a su favor otros argumentos distintos, y para muchos más atractivos, que el de ese socorrido y manoseado pecado.

Hasta ahora hemos hablado sólo de sentimientos, pero la postura del Papa tiene otras implicaciones. Si admitimos la naturaleza del eros como un impulso innato hacia el amor, la pregunta obligada es que significa su presencia. Los dictados de la biología no suelen ser fortuitos y siempre buscan una determinada finalidad. ¿Cuál puede ser la de un impulso que, al ponerse en marcha, fija la apetencia sexual, hasta entonces dispersa, en una sola persona, la convierte a nuestros ojos en la más importante del mundo y hace que nuestro anhelo primordial, casi único, sea estar a su lado todo el tiempo posible, compartir con ella ilusiones y esperanzas, penas y alegrías, y en resumidas cuentas una vida en común? La respuesta no puede ser más evidente: nos está empujando a formar pareja y creando así las condiciones adecuadas para que, cuando lleguen las crías que inevitablemente (antes de que nuestro desarrollo cerebral nos haya permitido soslayar lo que antes eran imposiciones de la naturaleza) iban a llegar, encuentren un entorno acogedor que se haga cargo de su manutención y su cuidado. En resumidas cuentas ¡nos está convirtiendo en monógamos!

Durante tanto tiempo se ha dado por sentado que nuestra identidad sexual natural era promiscua que esta frase no puede por menos que resultar llamativa. La monogamia se vinculaba con la fijación del apetito sexual en un solo miembro de la especie y esa exclusividad parecía reñida con esa persistencia de tentaciones extramatrimoniales que se veía en la nuestra. Pero las cosas han cambiado. Ahora sabemos que los miembros de las especies monógamas sufren esas tentaciones y sus infidelidades son tan frecuentes que se pueden considerar habituales; y su principal diferencia frente a las promiscuas es su predilección por vivir en pareja. Y por tanto, la existencia en nosotros de un impulso biológico que nos incita a vivir de esa forma, (aun cuando no ponga fin al atractivo sexual del resto) ya nos obliga a considerarnos como una de ellas.

En las monogamias hay dos variantes: el estacional, que perdura un ciclo reproductor (petirrojos), o el vital, que dura toda la vida (cisnes); presentaciones que

¹ Luis Santiago Lario Herrero y Santiago Lario Ladrón. “Homo sapiens: ¿Una especie monógama?” en A Parte Rei 30, Noviembre 2003.

<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/lario30.pdf>

es posible que no dependan sólo del azar, sino que vengan dictadas por las diferentes cualidades de cada especie. Y tanto nuestra afición a vivir en compañía, como el tiempo tan dilatado que nuestras crías requieren antes de que puedan valerse por sí solas (sin olvidar el que las hembras de nuestros ancestros más primitivos ya se habían librado de la tiranía del ciclo sexual y podían responder a los requerimientos de sus compañeros en todo momento), como la vehemencia y violencia del primer amor (*el amor es y será siempre la suprema poesía natural; lástima que se parezca al áloe, que solamente florece una vez; Weber*) parecerían auspiciar un emparejamiento vital (aunque la desaparición de esa tormenta bioquímica que le sirve de respaldo² permite ponerlo en duda y mantener otras opciones; así Helen Fisher cree posible que estemos programados para una serie de enamoramientos -y relaciones de pareja-sucesivos). Respaldo de todas formas diferente al que gozan las otras especies porque nuestro cerebro nos permite soslayar dictados biológicos para ellas determinantes: nuestros impulsos sólo incitan, pero no obligan a su fatal cumplimiento. Así, que estemos dotados de un impulso biológico que nos empuje a vivir en pareja, no quiere decir que estemos obligados a vivir de esa forma. Si a eso le añadimos que la fuerza del eros (en lo que atañe a su vertiente biológica y fisiológica) se va difuminando con el paso del tiempo hasta desaparecer al cabo de unos años, tendremos pergeñado un croquis del futuro más inmediato: lo que en adelante vaya a ser la duración, calidad y excelencia de cada relación, dependerá en gran medida del trato y los cuidados que durante ese lapso de tiempo los amantes le hayan sabido prodigar. Por poner un ejemplo el nacimiento de un niño es un acto puramente biológico, pero lo que en el futuro vaya a ser ese niño va a venir en buena parte marcado por la ternura, el cariño, el amor, la disciplina y la habilidad con que los padres le han sabido tratar. Y aquí va a ocurrir algo semejante.

Para terminar una última reflexión. La fuerza del enamoramiento (la forma con la que ese impulso se presenta a la conciencia) es discontinua y hay veces en que no se manifiesta; incluso es posible que la capacidad de enamorarse se vaya perdiendo con el transcurso del tiempo o con su misma reiteración, y lo que queramos hacer quedará a expensas de nuestra inteligencia y nuestra voluntad.

Apéndice: Argumentos a favor de nuestra tendencia biológica al emparejamiento

1. La repentina disminución del dimorfismo sexual de los homínidos a partir del *Homo ergaster*. En efecto, en las especies polígamas (gorilas), los machos son mucho más corpulentos que las hembras (hasta el doble en muchos casos), mientras que en las monógamas (gibones), los dos sexos pesan casi lo mismo. Y en esa serie de homínidos que se consideran como nuestros ancestros se puede ver que mientras las especies más antiguas presentaban un dimorfismo sexual próximo al 50 % (lo que sugeriría estructuras sociales muy cercanas a la poligamia), en el *Homo ergaster* ese dimorfismo cae a niveles de un raquíctico 15 % (que ya se conserva hasta nosotros). Lo que indicaría que su sexualidad había evolucionado hacia expresiones menos competitivas como podría ser el caso de una monogamia.
2. La universalidad de nuestra afición a vivir en pareja. Pese a que la poligamia (o la poliandria) esté legalmente admitida en muchas sociedades el número de personas que efectivamente la practican es casi testimonial, lo cual refuerza la sospecha de que esa afición esté enraizada en nuestra propia constitución biológica.

² Liebowitz, M, *The Chemistry of love*, Little Brown, Boston, 1983

3. La existencia de esos violentos impulsos amorosos cuyo origen y naturaleza ha traído de cabeza a nuestros escritores y pensadores [“Una de las fuerzas oscuras que llegan al hombre desde un mundo misterioso y lejano.” (J.A Marina); “misteriosa, poco clara, indescifrable, casi laberíntica” (E. Rojas); “una sensación, una emoción, que parece surgir de la nada, sin explicación racional”. (C. Posadas), y que sólo sería la manera en que esa tendencia a vivir en pareja se manifiesta a la conciencia cuando se pone en marcha.
4. La presencia de los celos. Otra de esas emociones que nos incordian y que, vistos a la luz de la nueva hipótesis, serían consecuencia de otro impulso biológico nacido al socaire del anterior [en las parejas de las especies monógamas las atenciones de otro macho a “su” hembra dan paso a una pronta agresividad que a veces (si su rechazo no ha sido lo bastante explícito) se extiende a la propia pareja³.
5. Las cualidades de estas emociones y su semejanza con los fenómenos de carácter instintivo: irracionalidad, autonomía (ajena a la inteligencia y voluntad) e irrupción brusca e intempestiva, que muchas veces escapa a la comprensión del mismo sujeto que la sufre.
6. La simplicidad de esta teoría. Mientras que durante siglos la humanidad se ha esforzado en rebuscar multitud de hipótesis (algunas de ellas francamente originales) para explicar la afición por la familia, el origen de las emociones amorosas, o la naturaleza y la causa de los celos, ésta los engloba con facilidad en una explicación única (lo cual siempre ha sido el desiderátum de todas las ciencias), simple y sencilla.
7. Su concordancia con los últimos hallazgos de la ciencia. Así recientemente se ha publicado un trabajo⁴ que demuestra que la monogamia animal es genética, ya que basta transferir a las células cerebrales de ratoncillos de pantano (una especie promiscua) un único gen de los ratoncillos de pradera (habitualmente monógamos) para que aquellos sustituyan su promiscuidad por unas relaciones de pareja.

³ Que los celos puedan ser otro de nuestros impulsos innatos no quiere decir que merezcan la menor consideración ni pueda servir para excusar la presencia de sus manifestaciones. Nuestro cerebro nos permite contrariar y domeñar las que puedan ser nuestras motivaciones biológicas y ésta es posible que sea la más nociva de todas ellas (hay está la ristra de rupturas, malos tratos, odios, asesinatos o suicidios que ha traído consigo). Pero no deberíamos olvidar que los primeros en sufrir ese infierno son los que los padecen (muchos de ellos, a veces tras haber asesinado antes a sus parejas, ponen fin a su vida); y tal vez, si lo tuviésemos en cuenta, la lucha contra sus violentas secuelas se podría mejorar. Es curiosa la diferencia de solicitud de la sociedad ante la pena de haber perdido a un cónyuge según el origen de esa tragedia sea un accidente o una ruptura conyugal. Y sin embargo es posible que la necesidad de ayuda sea, cuando menos, igual en los dos casos: los dos han perdido a la persona amada pero, en el segundo caso, es probable que el sentimiento de amargura sea más grande porque a esa pérdida se le suma lo que él considera una traición a unas promesas y un ataque a su autoestima. Por eso merecerían una solicitud especial, lo cual podría redundar en una probable disminución de los efectos más perniciosos de sus celos (una inmediata atención psicológica, unas sesiones de psicoterapia o unas pastillas administradas a tiempo tal vez podrían evitar muchos de esos dramas que llenan los apartados de sucesos).

⁴ Miranda M. Lim, Zuoxin Wang, Daniel E. Olazábal, Xianghui Ren, Ernerst F. Terwilliger & Larry J. Young (2004), *Enhanced partner preference in a promiscuous species by manipulating the expression of a single gene*, Nature, 429: 754-757

8. Su concordancia con lo que sucede en la naturaleza. Ciertos autores, por ejemplo Reich (Reich, W., *La función del orgasmo*, Paidós, Barcelona, 1993), habían sostenido que la promiscuidad confería una especie de inmunidad hacia el amor; de lo que se desprendería que esa era la expresión más conforme con nuestra naturaleza biológica, mientras que los sentimientos amorosos serían una especie de manifestación neurótica y enfermiza que sólo surgiría al poner cortapisas a esa promiscuidad natural. Pero también aquí han surgido investigaciones que permiten unas valoraciones muy distintas de ese hecho. Así un trabajo publicado en 1992⁵ refería el caso de una especie monógama de ratones de campo, en los que la preferencia por una pareja y la subsiguiente monogamia, surgía si las hembras copulaban y retozaban unas cuantas horas con el mismo macho; en cambio unas copulaciones breves y con machos distintos no bastaban para desencadenarla. Y así la posible inmunidad que la promiscuidad pueda tener frente a la eclosión de los lazos de pareja en nuestra especie sería un fenómeno normal que también ocurriría en las otras. En cambio, que el poner cortapisas a una promiscuidad "natural" sea capaz de originar lo que una buena porción de la humanidad estima como su sentimiento más hermoso, no sólo no tiene representación en la naturaleza sino que, a nosotros cuando menos, nos parece imposible. ¿Desde cuando la naturaleza se dedica a premiar a los que conculcan sus dictados? Todos los hemos contrariado en alguna ocasión, pero lo que nuestra rebelión suele despertar no son precisamente emociones placenteras, sino todo lo contrario.
9. El devenir más frecuente de esa tendencia a enamorarnos. Todas las encuestas resaltan nuestra mayor propensión al enamoramiento en los años mozos. Con la edad esa tendencia se debilita hasta el punto de que si dejamos escapar ese periodo, después se hace peliagudo encontrar la pareja "apropiada". Y, frente al galimatías de otras teorías para explicar este hecho, es lo que cabría esperar si la afición por vivir en pareja fuese resultado de un impulso biológico. En efecto, todos presentan periodos de máxima expresión y después se atenúan, hasta el punto de que instintos tan necesarios para un león como cazar y matar, pueden verse dañados si durante la época apropiada no tienen oportunidad de ejercitarlo (todos hemos visto alguna película basada en el tema de cachorros criados amorosamente en cautividad que luego tienen problemas para poder reintegrarse a la que debería ser su vida natural), por lo que resultaría razonable esperar que también ocurriese con éste. Y así, aunque ese anhelo por vivir en pareja pudiese continuar guiando nuestra vida, el impulso individualizador (el eros) perdería eficacia y tendría que ceder buena parte de su protagonismo al cerebro. Proceso posiblemente reforzado por el efecto deletéreo que sobre ese impulso pudieran ejercer tanto una sostenida y precoz promiscuidad, como su reiterada puesta en marcha por encima de ciertos límites⁶.

⁵ Williams, J. R, Catania KC and Carter C.S 1992), *Development of partner preferences in female prairies voles (microtus ochrogaster): the role of social and sexual experience*, Horm Behav, 26: 339-349.

⁶ Lorenz { Nisbett, Alec, *Lorenz*, Salvat, Barcelona, 1993, p. 45} refiere el caso de una gansa (una especie con una monogamia vital) que tras dos episodios de ruptura de pareja -por muerte del consorte- se volvió promiscua, lo cual vuelve a plantear la posibilidad de que algo parecido pueda suceder entre nosotros y que, tras un determinado número de enamoramientos y rupturas (algo que en la juventud actual, aunque afortunadamente por motivos menos drásticos, ha pasado a ser casi la norma) la actividad de ese impulso al enamoramiento desaparezca o quede bloqueado.